

“Contemplad—nos dice—esta divina rosa donde el amor y la pasión se disputan en darle su vivo brillo y su color purpúreo: este lo toma sin duda de la sangre que corre de las lagetas del Salvador.”

“Pero Jesús no sabe sino porque ama. Así como durante el río de la noche, la rosa permanece cerrada y no comienza a abrirse sino en la mañana al despertar la aurora, así también esta flor deliciosa, que es Jesucristo, permanece cerrada por el río de la noche, esto es, por el pecado del primer hombre; mas luego que hubo llegado la plenitud de los tiempos, se abrió súbitamente.”

LOS PERFUMES.

La Escritura Santa es como un vaso de perfumes.—Jesucristo es perfume de Dios.—Las almas santas son el perfume de Jesucristo.—Reputación bien adquirida por las virtudes de los Santos.—La Iglesia es el jardín de los perfumes.—Magdalena en la casa de Simon el leproso.—Perfumes derramados sobre la cabeza y los pies del Salvador.—El sepulcro de Jesucristo.—Los perfumes de las Santas mujeres.—Cómo el corazón del hombre es el sepulcro del Salvador.

I.

NO hablaríamos bien de las flores, si nos olvidáramos de sus aromas, especialmente cuando nos los hace aspirar con tanta frecuencia la divina Escritura, y cuando ella misma no viene á ser otra cosa que un vaso de alabastro del que se exhalan los más suaves olores, ya vengan del Jardín del Esposo, ya de los unguentos derramados por la Magdalena á los pies del Salvador, ó tambien de aquellos con que se iba á embalsamar el cuerpo de Jesucristo ya difunto. Conviene, por lo mismo, explicar con alguna detención lo que cada uno de por sí nos significa.

II.

Así como los perfumes, exhalándose de la sustancia que los contiene, revelan su existencia y tienen cierto atractivo al que no se puede resistir, así tambien las cosas más santas tienen sus perfumes, tan dulces é irresistibles, que las dan á conocer y nos inclinan hácia ellas.

“Demos gracias á Dios—dice el Apóstol San Pablo—por haberse dignado manifestar por nosotros el buen olor de su conocimiento.”¹

“Interpretando San Ambrosio estas palabras nos enseña: que el buen olor de Dios emanó firmemente de Jesucristo; porque así como el objeto que no se ev, se nos revela por su aroma, de la misma manera, el padre Eterno, invisible á nosotros, ha querido dárse nos á conocer por medio

¹ II Ad. Corint. II, 14 et 15.

“de Jesucristo su Hijo, cuya palabra nos ha revelado que Él era uno mismo con su Padre Creador, de quien era su único hijo.”¹

Con que entónces Jesucristo es el aroma, el buen olor de Dios. ¡Oh! y cómo ha tenido cuidado de embalsamar el universo entero con su adorable presencia!

En este mismo sentido nos habla tambien la divina Sabiduría, cuando dice: “He derramado por las plazas públicas la dulce fragancia del sinamo—mo, los aromas preciosos del bálsamo y el perfume de la mirra.”²

Jesucristo es el verdadero perfume de Dios; feliz el alma que lo aspira!.... Sin contemplan todavía al Dios invisible, ese perfume divino nos indica su presencia. Feliz el alma que sabe correr tras del buen olor de ese divino perfume.

III.

Acabamos de ver, cómo por medio de Jesucristo hemos llegado al conocimiento de su Padre Eterno; pues veamos ahora cómo, segun San Ambrosio, se ha revelado el mismo Jesucristo al mundo, por medio de los milagros, de la predicacion y de las virtudes de sus Apóstoles.³ En este sentido podemos decir con San Pablo, sin temor de equivocarnos, “que ellos son á la vista de Dios, el buen olor de Jesucristo. *Christi bonus odor sumus Deo*,”⁴ ó para decirlo con San Juan Crisóstomo: “Son como el incensario real, que exhalaba aromas celestiales y perfumes divinos, por todos los lugares donde se iba predicando al Salvador del mundo.”⁵

Mas no solo los Apóstoles, sino los Santos, los elegidos y todas las almas buenas que son fieles á la Iglesia, pueden llamarse y son en verdad perfumes de Jesucristo: “y ved ahora—observa San Agustín—lo que nos queria dar á entender el Rey Profeta, cuando nos pintaba las vestiduras del Rey divino, exhalando las fragancias de la mirra, del aloe y del ámbar.”⁶

Porque en verdad, ¿qué otra cosa es esa vestidura del Rey, sino la Iglesia? Ella siempre está perfumada con el buen olor de Jesucristo, y para simbolizar la exhalacion de este divino perfume sobre nuestras almas, mezcla el bálsamo con el Oleo santo, para derramar despues el sagrado Crisma sobre los miembros de los fieles.

IV.

¿Quién hubiera pensado que el buen olor de Jesucristo pudiera conducirnos á la muerte, lo mismo que á la vida? Mas el Apóstol San Pablo

¹ Coment. in Epis. II, ad Corint. cap. 2.
² Eccli. XXIV, 20.
³ Com. in Epis. II, ad Corint. hom. V.
⁴ II Corint. II, 15.
⁵ In Ep. II, Cor. hom. V.
⁶ In Ps. XLIV, hom. XXII.

nos enseña: "Que Jesucristo es olor de muerte para aquellos que perecen, y olor de vida para aquellos que se salvan."¹ Y la experiencia prueba efectivamente, que el abuso de las gracias del cielo nos precipita violentamente en el mal, donde encontramos la muerte.

¡Oh mundo! tú aspiras diariamente los perfumes de Jesucristo; los respiras en las palabras que te predicán su santo nombre; los respiras por medio de las almas santas que te atestiguan su amable piedad. Pero tú no respondes sino con la indiferencia y el desprecio á esos perfumes que procuran atraerte y que incesantemente te llaman; pues la atmósfera en que vives cambia estos aromas que te rodean en un mortal veneno. El olor de Jesucristo no es para tí sino un olor de muerte.

V.

Dejamos ya dicho, que las virtudes de los Santos vienen á ser como los perfumes de Jesucristo. Porque sobre todo, es verdad que en este sentido, extendiéndose á lo lejos la fama y el renombre de los Santos, nos hacen conocer y gustar con más ventaja á Aquel que ha sido entre nosotros el modelo más perfecto y acabado. En vano procurará el alma santa ocultarse bajo los velos de la humildad, porque esta misma humildad despide tal aroma, que no puede ménos que atraer las miradas del Señor hácia las almas que humillándose se ocultan.

También los Santos Padres se valen de los perfumes para simbolizar muy particularmente el renombre de las virtudes de los Santos; porque Jesucristo no ha querido recoger de nosotros solamente frutos de buenas obras, sino que también quiere cosechar el buen olor de los perfumes, deseando que nuestras virtudes y buenas obras extiendan á lo lejos y por todas partes sus divinas alabanzas.

Cuando el Esposo de los Cantares baja á su jardín, nos dice: "He cosechado la mirra y los perfumes." Todo este sagrado libro se encuentra embalsamado con los perfumes del jardín de la Esposa, y viene á ser como una tierra fecunda en aromas que sobrepasan á los mejores que conocemos. ¿Y cuál es la razón de esta preferencia? Porque el jardín de la Esposa es la Santa Iglesia, y de esta Iglesia se difunde por todas partes esa fama de santidad y ese renombre de virtud que lleva tan lejos y tan alto el nombre bendito del Señor.

VI.

Algunas veces leemos en el Evangelio que María Magdalena derramaba perfumes en los piés y en la cabeza del Divino Salvador.

"Estando Jesús sentado á la mesa en la casa de un fariseo, llamado Si-

¹ II ad Corint. II, 15-16.

mon el leproso, dice San Mateo que se llegó á él una mujer que traía un vaso de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre la cabeza del "Salvador..." agregando San Lucas, "que esta mujer era pecadora, y que postrada á los piés de Jesús, comenzó á regárselos con lágrimas, á enjuagarlos con sus cabellos, á darles ósculos y á ungírselos con unguentos."¹

"¡Afortunada mujer!—exclama San Ambrosio—porque habiendo pecado, supo al ménos llevar el perfume de la penitencia:"² agregando "que esta mujer simboliza á la Iglesia, que ha tomado la forma de pecadora, como Jesús tomó la semejanza del pecado."

Simón el fariseo no tuvo aromas que ofrecer á Jesucristo.

¿Qué cosa, en efecto, hubo más opuesta á la vida y á la doctrina del Salvador Divino que la avaricia y el orgullo de los fariseos? Estos, en lugar de llevar ó de conducir las almas hácia Jesús, procuraban alejarlas de Él. Ni podía ser de otra manera: los fariseos no tenían perfumes.

La Iglesia por el contrario: los posee todos y con abundancia. "Cuando nos proponemos juntar muchas y diversas flores para formar un ramillete, este ramillete despide tal fragancia, que no podemos ménos que aspirar la multitud de sus deliciosos aromas. Ved aquí un símbolo de los perfumes delicados de la Iglesia, que le hacen producir los divinos dones "del Espíritu Santo."³

VII.

Pocos días ántes de la Pasión, nos encontramos con María Magdalena derramando de nuevo sus olorosos unguentos en los piés y en la cabeza de Jesucristo.⁴ Entónces, dijeron entre sí sus discípulos: "¿Para qué este desperdicio? ¿No podía venderse este unguento y su precio repartirlo entre los pobres?"⁵ También entónces fué cuando el aroma de este unguento precioso, exhalándose del vaso de alabastro que lo contenía, se difundía por todas partes, llenando toda la casa."⁶ Veamos ahora cómo explican los Santos Padres esta doble efusión de perfumes en los piés y en la cabeza de Jesús.

Sobre estos pasajes nos hace observar San Ambrosio: "Que cuando la Magdalena no era todavía mas que una pobre pecadora, se acercó con humildad y respeto solo á los piés de su Divino Maestro; pero cuando fué creciendo en méritos y en virtud, entónces se atrevió á ungirle hasta su sagrada cabeza."⁷

¹ Mat. XXVI, 7.—Luc. VII, 27-38.

² Com. lib. IV, in Evang. Luc. cap. VII.

³ Com. lib. VI, in Evang. Luc., cap. VII.

⁴ Mat. XXVI.

⁵ Ibid. 8.

⁶ Joan XII, 3.

⁷ Com. lib. VI, in Evang. Luc. cap. VII.

O como dice San Bernardo: "Magdalena llevó á los piés de Jesucristo los aromas de la penitencia, y despues derramó sobre su cabeza los perfumes de la devoción y del reconocimiento."¹

A todo esto agrega Orígenes: "Que cuando nuestras buenas obras se han hecho por la gloria de Dios, vienen á ser unos perfumes de muy agradable olor: que si al mismo tiempo se hacen estas obras con un objeto útil como la limosna que se dá á los pobres, entónces estos aromas caen á los piés del Salvador; pero si la práctica de estas buenas obras tiene por objeto al mismo Dios, como el ayuno, la oracion y la castidad, entónces vienen á ser como aquel unguento precioso derramado en la cabeza de Jesucristo."²

Apénas Magdalena había roto el vaso de alabastro donde llevaba los unguentos, cuando los discípulos de Jesus comenzaron á murmurar, diciendo: "¿Para qué este desperdicio? ¿no podía venderse este unguento y su precio repartirlo á los pobres?"³

¡Oh! ¡qué léjos estaban los discípulos de los pensamientos del Maestro! El alma que sabe perfumar los piés del Salvador, sabe tambien con qué cuidado ha de socorrer á los pobres: porque no ignora que ántes de la limosna, está el perfume, es decir, que ántes de ser compasivos con los hombres, tenemos el deber de ejercitar la piedad y el amor con Jesucristo.

Por eso la accion de la Magdalena fué celebrada, y en gran manera enalzada por el mismo Salvador, anunciando desde entónces: "que por todas partes donde fuera anunciado su Evangelio, se celebraría con grandes aplausos esa accion que acababa de hacer con Él."⁴ Y á fin de que el simbolo correspondiese á la verdad de tan divina prediccion, San Juan agrega: "Que el aroma del perfume llenaba toda la casa."⁵ —"Lo que significa—dice San Agustín—que la fama de aquella accion de Magdalena, se extendería hasta los límites del mundo."⁶

En verdad, ¡oh Magdalena! el Evangelio se ha difundido hasta los últimos confines de la tierra, y por lo mismo, tu amor tan puro, tan tierno, tan sacrificado y tan penitente; ese amor que supo romper el vaso de alabastro, para que el perfume que contenía se derramase por todas partes, ese amor tuyo ¡oh Magdalena! ha sido uno de los más esquisitos aromas exhalados por el Evangelio; y cada vez que el pobre pecador viene á arrojarse á los piés de Jesucristo, si sus ojos se humedecen de lágrimas, si su corazon se rompe de dolor, si se ofrece al Señor y se consagra á expiar sus calpas pasadas, es porque está aspirando vuestros perfumes ¡oh Magdalena! y es tambien porque ha querido derramarlos despues de tí y á imitacion tuya.

¹ Serm. in fes S. M^a Mag.

² Mat. XXVI, 8.

³ Ibid. v., 8.

⁴ Ibid. XXIV, 13.

⁵ Joan XII, 3.

⁶ Tract. L, in Joan.

VIII.

Frecuentemente nombra la Santa Escritura los perfumes de la mirra y del incienso, y casi siempre los presenta unidos. Así es que leemos en ella: "Que los magos ofrecieron al Niño Dios el incienso y la mirra, además del oro."¹ —Que la Esposa de los Cánticos iba por delante del Esposo "subiendo por la montaña de la mirra y la colina del incienso;"² —y por último—que esta misma Esposa, ascendiendo al cielo, era como una columna de humo de la mirra y del incienso."³

De todo esto nos dá San Gregorio una explicacion bastante clara, diciéndonos: "Que la mirra significa la mortificacion y penitencia, y que el incienso es el emblema de aquel sacrificio que solo se ofrece á Dios; por eso cuando los magos le presentaron al Niño Jesus la mirra, dieron testimonio de Él, como hombre mortal: mas ofreciéndole el incienso, atestiguaron que era Dios."⁴

Por lo mismo, era conveniente que la Iglesia, Esposa de Jesucristo, fuera comparada á la montaña de la mirra y á la colina de incienso, porque la virtud de los Santos principalmente consiste en mortificar sus cuerpos para que no se manchen con los vicios y en ofrecer á Dios el más grato de todos los sacrificios, que no es otra cosa más que un corazon abrasado en las llamas del amor.

Finalmente, no nos sorprenda que la Iglesia se eleve al cielo, como se eleva el humo de la mirra y del incienso, puesto que la penitencia y el divino amor, desprendiéndonos de la tierra, nos lanzan hácia el cielo proporcionándonos así la union con Dios.

IX.

En el libro del Apocalipsis nos enseña San Juan claramente, que los perfumes son tambien las oraciones de los Santos.⁵

Delante del trono del Altísimo está un Angel teniendo un incensario de oro, donde se le ministra gran cantidad de perfumes, á fin de que ofrezca por este medio las oraciones de los Santos; y el humo de estos perfumes, elevándose desde las manos del Angel, asciende hasta la presencia de Dios.

En este sentido habla el Rey Profeta, cuando decía: "¡Oh Señor! que mi oracion se dirija como el incienso que se eleva hasta vuestra presencia."⁶

¹ Mat. II, 11.

² Cant. IV, 6.

³ Cant. II, 1.

⁴ Hom. in Ezech. lit. II, hom. X, 22; XI, hom. in Eva. lib. hom. XI, 6.

⁵ Apoc. V, 8.

⁶ Ps. CXL, 2.

La oracion es el perfume del alma fiel; y aunque la flor esté adherida á la tierra, sus aromas suben á los cielos. Pues de igual manera podemos decir: que miéntras el alma justa permanece sobre la tierra, solo por la oracion puede remontarse hata el cielo, desprendiéndose de ella como de una flor, los aromas del amor, de la gratitud, del arrepentimiento y de las alabanzas. La oracion le presta sus alas para volar y ascender hasta el trono del Señor. Por eso el alma justa vive á la vez en la tierra y en el cielo.

Se juzga de la flor por su aroma. Dios reconoce las almas por su oracion. Aquellas que nunca oran, merecen que el soberano Juez les dirija en cierto dia estas terribles palabras: "no os conozco, *non novi vos.*"¹

Mas como Dios distingue á los Santos por el perfume de sus oraciones, Él mismo nos dice: "Ved aquí el perfume de mis verdaderos hijos, semejante al de un campo fecundo, que me complazco en bendecir."²

X.

Cuando Jesucristo fué desclavado de la Cruz, se presentó José de Arimatea delante de Pilatos, en compañía de Nicodemus para que les diese el sagrado cuerpo del Salvador, llevando al efecto cien libras de mirra mezclada con aloe que debian servir para sepultarlo.³ Los dos cargaron el cuerpo del Salvador llenándolo de perfumes, y ligándolo—como dice San Ambrosio—no con los nudos de la perfidia, sino con los vasos sagrados de la fé, mezclando diversos aromas, porque en cumplimiento de tan sagrado deber, supieron unir la suavidad de los olores que representaban multitud de admirables virtudes.

Tambien refieren los evangelistas que despues de la resurreccion, las santas mujeres, que habian seguido á Jesucristo, compraron y prepararon aromas para embalsamar su divino cuerpo; pero cuando ellas llegaron al sepulcro, ya Jesucristo habia resucitado.

Siguiendo ahora la interpretación de San Bernardo, diremos: "que los perfumes llevados por estas santas mujeres al sepulcro del Salvador, simbolizaban la piedad y la misericordia: porque como dice, y muy bien, este Santo Doctor, esos perfumes iban á servir, no solamente para unguir los piés y la cabeza de Jesucristo, sino para embalsamar todo su cuerpo. Por lo mismo se pregunta el mismo Santo, y dice: ¿Por qué Jesucristo que habia permitido á la Magdalena que derramase perfumes sobre sus piés y sobre su cabeza, parece que rehusó los que estaban destinados para todo su cuerpo?"

"Porque es necesario—responde el mismo Santo Doctor—distinguir dos cuerpos en la persona de Jesucristo: uno que era semejante en todo al nuestro, y que Él habia tomado para rescatar al mundo; y el otro, que

¹ Mat. VII, 23.

² Genes. XXVII, 27.

³ Joan. XIX, 38 et 40.

"es la Iglesia; reservando para este cuerpo místico, que Él prefirió á su cuerpo mortal, los perfumes de las santas mujeres. Ved aquí ahora el motivo por qué la Iglesia, embalsamada toda de piedad y de misericordia, sabe tambien como San Pablo llorar con aquellos que lloran, entrecercere con los que están tristes, y derramar sobre todas nuestras heridas el delicado perfume de la compasion."¹

XI.

La sepultura de vuestro sagrado cuerpo, ¡oh Jesus mio! me recuerda que todas las veces que me es permitido recibirlos en la santa comunión, mi corazon viene á ser vuestro sepulcro... ¿Tengo acaso la mirra y el aloe? ¿Tengo siquiera los perfumes de la Magdalena para sepultaros dignamente? ¡Ah Señor! En verdad que por mí mismo nada tengo; pero iré á vuestro jardin, y ahí cosecharé los perfumes de la mirra para aromatizar con ellos mi pobre corazon; y así como en otra vez, despues de vuestros sufrimientos en el Calvario, descansó vuestro sagrado cuerpo en un sepulcro embalsamado, así tambien quiero que despues de mis ingratitudes con que tanto os he ofendido, vengais á reposar en mi corazon, embalsamado con las lágrimas del arrepentimiento y con los perfumes del amor.

La germinacion de la naturaleza da lugar á parir en los frutos. La vida no sostiene al árbol, el árbol no sostiene y desplega sus ramas, y éstas á su vez no se cubren de hojas y de flores, sino para producir frutos. Y como Dios al cristiano y al colono de sus gracias no le da otra mira que la santidad y perfeccion de su vida, así tambien en la vida ordinaria, en la vida sagrada y solemne, en el estado de la vida, el mundo entero hay un dia sagrado y solemne, en el cual las verdaderas espigas que brotan en nuestros campos, presentan su trigo y sus mazorcas á la hoz de los segadores, y en el que los árboles de nuestros huertos nos regalan con sus sabrosos y sazonados frutos. Pero es todavía mas bello un aquel dia en el que una alma justísima por medio de la divina palabra santificada por los sacramentos, y correspondiendo con docilidad y humildad á las inspiraciones de la gracia, produce delante de Dios el fruto espiritual de una obra buena, y en el que el mismo Dios, como un colono, interpreta estas palabras: "Yo guardo entre mi simiente una semilla antigua y de la ley nueva".

Que solo Dios es el que fructifica en nuestras almas, es una verdad que con frecuencia nos advierte San Pablo: porque ciertamente, sin Jesucristo y sin su gracia, ningún fruto podemos producir por nosotros mismos. En esta razon se apoya el mismo Santo Apóstol para designar las obras cristianas con los nombres de "frutos de la luz", "frutos del Espíritu Santo".

¹ Serm. in fest. S. M^a Magd.

o. Ad Rom. V. 22.—Ad Filip. V. 9.